
1.

Cuando le das la espalda al irresoluto amanecer en la calle y traspones el umbral del edificio en el que trabajas, dejas de ser Miguel Sáenz, el funcionario público que uno adivinaría detrás del arrugado terno gris, los lentes redondos con monturas de alambre y la mirada medrosa, y te conviertes en Turing, desfazedor de códigos secretos, perseguidor implacable de mensajes cifrados, uno de los orgullosos orgullos de la Cámara Negra.

Insertas tu tarjeta electrónica de identificación en una ranura. Se te pide un código y escribes ruth1. La puerta de metal se abre y te espera el mundo con el que sin saberlo soñaste desde niño. Con pasos lentos, calculados como cada uno de tus movimientos —excepto los de la mente, la procesión va por dentro—, ingresas a un abovedado recinto de vidrio. Dos policías te saludan con ceremonia. Miran sin mirar el color de tu tarjeta: verde, que significa Más que Muy Secreto. Todo era tan fácil en tiempos de Albert, había sólo dos colores de tarjetas: amarilla (Secreto), y verde. Luego llegó el petulante de Ramírez-Graham (una vez lo habías llamado *señor Ramírez*, y él te había corregido: *Ramírez-Graham, por favor*); con él a cargo de la Cámara, los colores de las tarjetas fueron proliferando: en menos de un año, aparecieron la roja (Muy Secreto), la blanca (Nada Secreto), la azul (Ultra), y la anaranjada (Prioridad Ultra). El color de las tarjetas indica a qué partes del edificio se tiene acceso. Ramírez-Graham tiene la única tarjeta morada, que significa Alta Prioridad Ultra. En

teoría, hay un solo cuarto del edificio de siete pisos para el que se necesita la tarjeta morada: el Archivo del Archivo, un cuarto pequeño en el corazón del Archivo. Da para reír tanta proliferación. Pero tú no te ríes, porque te sigue ofendiendo que haya compañeros de trabajo con tarjetas Ultra y Prioridad Ultra, capaces de entrar a donde tú no.

—Siempre tan temprano, profesor.

—Mientras aguante el cuerpo, capitán.

Los policías saben quién eres, han oído las leyendas que circulan sobre ti. No entienden lo que haces ni cómo lo logras, pero aun así te respetan. O acaso te respetan porque no entienden lo que haces ni cómo lo logras.

Pasas junto a la pared donde se encuentra el gran sello de la Cámara Negra, un refulgente círculo de aluminio con un hombre inclinado sobre una mesa, tratando de descifrar un mensaje. Un cóndor sostiene entre sus garras una cinta con un lema en morse: *Razón e Intuición*. Es cierto, se necesitan ambas para penetrar la cripta de los códigos secretos. Pero es mentira que se usen en proporciones iguales; para ti, al menos, la intuición es la que señala el camino, pero el trabajo de zapa está a cargo de la razón.

No entienden lo que haces ni cómo lo logras, pero aun así te respetan. Lo que haces: ¿es correcto seguir hablando en el presente? Tus momentos de gloria, debes reconocerlo, se pierden en el vasto pasado. Por ejemplo: el 6 de diciembre de 1974, cuando detectaste esa célula de izquierdistas que utilizaba frases del diario del Che para codificar mensajes. O el 17 de septiembre de 1976, cuando lograste advertir al presidente Montenegro que se cuajaba una insurrección en regimientos de Cochabamba y Santa Cruz. O el 25 de diciembre de 1981, cuando descifraste mensajes del Gobierno de Chile a su encargado de negocios, acerca del desvío de las aguas de un río en la

frontera. Hay más, muchos más, pero desde entonces tus éxitos han sido más bien esporádicos, y a ratos sientes que tus jefes no te han despedido por lástima. Ramírez-Graham te ha relocalizado, y si bien al comienzo el nuevo trabajo parecía un ascenso, te han alejado de la acción y no has tardado en descubrir que ahora, como encargado del Archivo General de la Cámara Negra, te has convertido en un criptoanalista que no analiza códigos.

Tus pasos resuenan en el pasillo. Te frotas las manos buscando calor. El retorno de la democracia a principios de los ochenta no desarticuló la labor que se llevaba a cabo en el edificio, pero la minimizó: se trataba de interceptar conversaciones de sindicalistas al principio, y de narcotraficantes después (gente descuidada, que hablaba en frecuencias de radio interceptadas con facilidad y ni siquiera se molestaba en codificar sus mensajes). Los noventa fueron años de espasmódica labor escuchando a políticos opositores y turbios empresarios con los teléfonos pinchados.

Cuando Montenegro regresó al poder por la vía democrática te alegraste: se te ocurrió que todo cambiaría con él, y volvería la urgencia a tu labor. Qué decepción: lo cierto era que no había un gran peligro a la seguridad nacional como en los años de su dictadura. Había que admitir que eran otros los tiempos. Para colmo, en la recta final de su mandato, al vicepresidente, un tecnócrata carismático —valga la contradicción— de ojos muy despiertos y hoyuelos en las mejillas, se le había ocurrido reorganizar la Cámara Negra y convertirla en el eje de la lucha contra el ciberterrorismo. «Será uno de los desafíos clave del siglo veintiuno», les había dicho al visitar el edificio y anunciar su iniciativa, «hay que estar preparados para lo que vendrá». Acto seguido, el vicepresidente había procedido a presentarles a Ramírez-Graham, el nuevo jefe de

la Cámara Negra. «Uno de nuestros compatriotas que ha triunfado en el exterior, alguien que ha dejado una carrera promisoría en el Norte para venir a ayudar a su país.» Salva de aplausos. Te había caído mal desde el primer momento: un terno negro impecable, como de ejecutivo bancario, los relucientes mocasines, el prolijo corte de pelo. Abrió la boca, y la impresión fue de mal en peor: sí, podía tener la tez algo morena y los rasgos algo aindiados, pero su acento español era el de un norteamericano. No ayudó nada enterarte de que ni siquiera había nacido en Bolivia; él era de Arlington, Virginia.

La mirada escudriña las paredes en busca de un signo salvador. En torno tuyo, sólo estructuras que se resisten a hablar, enmudecidas por el sigilo de un superior que creyó prudente negar oportunidades para la distracción a los empleados de la Cámara Negra. Aparte del círculo de aluminio a la entrada, nada de letreros, avisos, señales: todo aquel ruido de signos capaz de entrevertarte en la inacabable búsqueda del texto que late detrás de todo texto. Pero tú eres capaz de encontrar mensajes hasta en las paredes immaculadas. Es cuestión de buscar. Los lentes están chuecos y sucios —huellas digitales, manchas de café—, y el marco se halla algo curvado hacia la izquierda: tienes un ligero dolor en el ojo izquierdo, el cristal debe estar en un ángulo incorrecto. Hace semanas que te prometes pedir una cita al oculista.

Ramírez-Graham va a cumplir un año en sus funciones. Ha despedido a muchos colegas tuyos y los ha reemplazado con jóvenes expertos en informática. Si es obvio que tú no figuras en sus planes de recambio generacional, ¿por qué no te ha despedido? Te pones en su piel: es imposible hacerlo. Eres, después de todo, una suerte de archivo viviente, un gran repositorio de conocimientos de la profesión: cuando te vayas, se irá contigo todo un saber

milenario, una infinita enciclopedia de códigos. Los colegas que no han cumplido los treinta años no se acercan para pedirte ayuda sino para que los diviertas contándoles historias de Etienne Bazerics, el francés que en el siglo XIX pasó tres años de su vida tratando de descifrar el código de Luis XIV (tan lleno de vericuetos que tardó más de dos siglos en ser descifrado), o de Marian Rejewski, el criptoanalista polaco que ayudó a vencer a Enigma en la Segunda Guerra Mundial. Esos colegas utilizan software para descifrar códigos, y te ven como una anacrónica reliquia de los tiempos en que la profesión no se había mecanizado del todo (otra es la historia en el mundo desde Enigma; pero en Río Fugitivo los desfases históricos suelen ocurrir con frecuencia, y es normal encontrar, lado a lado, el ábaco y la calculadora).

Te detienes frente a la Sala Bletchley, donde estilizadas computadoras tratan de entenderse con complejos procesos matemáticos de codificación de mensajes y las más de las veces se dan por vencidas: se necesitan años para decodificar una frase. Con el desarrollo de la criptografía de clave pública, y particularmente con la aparición del sistema asimétrico RSA en 1977, ahora se puede codificar un mensaje con valores tan altos que todas las computadoras del universo, puestas a trabajar en su desciframiento, tardarían más que la edad del universo en encontrar la solución. Ironía de ironías: con las computadoras a su servicio, los criptógrafos le han ganado la batalla a los criptoanalistas, y gente como tú, que no depende tanto de ellas, todavía podría ser útil.

Los jóvenes colegas: tanto talento para las ciencias de la computación, inservible ante el mismo poder de la computadora. Lo que ellos hacen es más actual que lo tuyo (al menos para el cine, obsesionado por mostrar a jóvenes programadores resolviendo problemas frente a la

pantalla de un computador), pero es igual de inútil: son tan anacrónicos como tú. Descifrar códigos, en general, se ha convertido en una tarea inútil. Mas alguien tiene que hacerlo: la Cámara Negra necesita aparentar que sigue siendo útil para el Gobierno, que el poder no es tan vulnerable como realmente lo es a los embates de una conspiración manejada a través de códigos secretos.

La Sala está vacía y el silencio la ronda: cuando comenzaste a trabajar en el edificio, las computadoras eran gigantes y ruidosas, roperos metálicos de cables proliferantes. Las máquinas se han ido miniaturizando y acallando, son cada vez más asépticas (todavía queda en la Sala Babbage una vetusta supercomputadora Cray, donación del Gobierno norteamericano). Alguna vez te sentiste menos que quienes trabajaban en Bletchley con incansables algoritmos. Intentaste incluso aprender de ellos, transferirte desde tu vieja oficina a este lugar más a corriente de los tiempos. No pudiste, no duraste mucho. Te interesaban las matemáticas, pero no tanto como para dedicar las mejores horas de tu vida a ellas. Sabes las cosas básicas de la informática, dominas la computadora como muy pocos de tu edad y puedes hacer muchas cosas con los números, pero te faltó el grado de sacrificio necesario para transformar la habilidad en herramienta cotidiana de trabajo, digna de ser pulida sin cesar para que no hubiera nota discordante a la hora del concierto. Había el culto de lo funcional, no la pasión. Por suerte, aquí la mayoría de los conspiradores son de poca monta y tampoco saben manejar computadoras más allá de lo básico.

Continúas tu camino, metes las manos en los bolsillos del saco. Un lápiz, un lapicero, algunas monedas. Te viene a la mente una imagen de tu hija Flavia, y te invade la ternura. Antes de salir entraste a su cuarto, a despedirte de ella con un beso en la frente. Duane 2019, la heroína que

Flavia había creado para algunas de sus visitas a la red, te miró desde el screensaver de una de sus dos computadoras en el escritorio profuso en fotos de célebres hackers (Kevin Mitnick, Ehud Tannenbaum). O *crackers*, como insistía ella: «Hay que aprender a diferenciarlos, papá; los crackers son los que abusan de la tecnología con fines ilegales». «¿Y por qué tu sitio se llama TodoHacker y no TodoCracker?» «Buena pregunta. Porque sólo los que saben mucho del tema hacen la distinción. Y si mi sitio se llamara TodoCracker, no tendría ni el uno por ciento de los visitantes que tiene.» Hackers, crackers: son lo mismo para ti. ¿O deberías llamarlos piratas informáticos? Preferías ese nombre, aunque te sonaba algo extraño: el inglés había llegado primero y se imponía la costumbre. La gente enviaba attachments y no archivos adjuntos, emails y no correos electrónicos. En España, al screensaver le decían salvapantallas; en verdad, sonaba ridículo. Sin embargo, uno no debía darse por vencido: valía la pena luchar contra la corriente. Estaba en juego la supervivencia del español como lengua del nuevo siglo. Piratas informáticos, piratas informáticos...

Flavia dormía con la respiración ronca, perdida en el abismo del sueño, y te quedaste contemplándola bajo la luz de la lámpara del velador, fabricante de un cono protector. El enmarañado y pegajoso pelo castaño le caía sobre el rostro de labios carnosos y húmedos; el camisón dejaba al descubierto el seno derecho, el pezón rosado y puntiagudo. La cubriste, avergonzado. ¿En qué momento tu niña de traviesa cola de caballo se había tornado en una inquietante mujer de dieciocho? ¿Qué rato te habías descuidado, qué habías hecho mientras ella florecía? Lo peor de todo era que había salido con la adecuada combinación de álgebra y fuego para enloquecer a los hombres. Le fascinaban las computadoras desde chiquilla, y había aprendido a programarlas antes de los trece. Tenía en la red TodoHacker

un sitio dedicado a informar sobre la poco comprendida subcultura de los piratas informáticos. ¿Cuántas horas al día al frente de sus clones de IBM? En muchas cosas, había dejado la adolescencia tiempo atrás. En una, sin embargo, y por suerte, Flavia no estaba ni en su momento ni adelante, sino muy atrás: no le interesaban para nada los muchachos que comenzaban a rondar la casa atraídos por su belleza lánguida y distante.

La Sala Vigenère está vacía. Las manecillas del reloj en la pared indican las seis y veinticinco de la mañana. Ramírez-Graham se había descuidado y había dejado relojes mecánicos en el edificio. Seguro pronto los reemplazaría, las manecillas dejarían su lugar a los números rojos en el cuarzo, lo análogo a lo digital. Tanta modernización inútil. Segundos más, segundos menos, preciso o impreciso, el tiempo seguiría fluyendo y los atraparía a todos en su red, la piel todavía joven o acaso ya los huesos haciéndose polvo a cada movimiento.

El frío te hiere el rostro. No importa: te gusta ser el primero en llegar al trabajo. Lo aprendiste de Albert, tu jefe durante más de veinticinco años: continuar con la costumbre es, a su modo, un homenaje a quien hizo más que nadie por el criptoanálisis en Río Fugitivo (ahora recluido en una habitación olorosa a remedios en una casa en la avenida de las Acacias, delirante, sus facultades mentales incapaces de responderle: no es bueno recargar de trabajo al cerebro, los cortocircuitos están a la orden del día). Te gusta caminar por los pasillos vacíos, observar los cubículos con los escritorios llenos de papeles; en el aire quieto de la madrugada tus ojos se posan sobre cartapacios y máquinas fantasmales con la arrogancia displicente de un dios benévolo, alguien que hará su trabajo porque alguna desconocida Causa Primera lo ha dispuesto así y no es de sabios rebelarse contra el destino.

Oprimes un botón para llamar al ascensor. Ingresas a ese universo metálico en el que se te ocurren los pensamientos más escabrosos. ¿Fallará la máquina y te precipitarás a tu fin? Te diriges al subsuelo, al Archivo, al fondo de la tierra, cámara mortuoria que sólo tú habitas. Hace más frío allá abajo. Suspendido en el aire por gruesos cables, te mueves sin moverte, en paz, en armonía.

Tiene algo especial ese ascensor que te cobija. Sus paredes verdes, su seca eficiencia, su núcleo sólido de moviediza estabilidad. ¿Qué harías sin él, qué harían los hombres sin ellos? Otis, *seis personas, cuatrocientos ochenta kilos*. Te quedas mirando el nombre. Lo deletreas: O-T-I-S. A la inversa: S-I-T-O. Un mensaje pugna por salir, y está destinado sólo para ti. S-T-O-I. *Soy Tu Oscuro Individuo*. ¿Quién es tu oscuro individuo?

En el subsuelo está el Archivo General: eres el nexo vital entre el presente y la historia. Colocas tu saco en un perchero desvalido. Te sacas los lentes, limpias los cristales con un pañuelo sucio, te los vuelves a poner. Te metes un chicle de mentol a la boca, el primero de una larga serie (no más de dos minutos entre tus dientes, van a dar a un basurero apenas exprimido el jugo).

Tienes ganas de orinar. Esa sensación de inminente desborde en la vejiga te acompaña desde la juventud: una de las formas más intolerables que toma tu ansiedad, la manera en que el cuerpo compensa tu apariencia de inmunidad a las emociones. Tus calzoncillos se llenan de manchas acídicas del color del pasto quemado por el sol. Sufres aún más desde que trabajas en este subsuelo: al arquitecto no se le ocurrió colocar un baño en el piso. Acaso pensó que quien trabajara en el Archivo podría tomar el ascensor o subir las escaleras en busca de los baños en el primer piso. Un ser normal, alguien que lo haría una o dos veces al día sin molestarse. Pero ¿y qué de un ser incontinente? Insensible.

Abres el cajón inferior derecho de tu escritorio, sacas un vaso de plástico con el dibujo de un sonriente Correcaminos (lo conseguiste en una promoción de McDonald's). Te diriges a una esquina del recinto, de espaldas al Archivo; te bajas la bragueta y orinas en el vaso: seis, siete, ocho gotas ambarinas. Por eso no te gusta ir al baño: las más de las veces, el resultado es incompatible con la sensación de urgencia. Lo mejor, entonces, es ir acumulando gotas en el vaso, y luego, casualmente, a la hora del almuerzo pasar por el baño y deshacerte de tu deplorable tesoro.

Dejas el vaso en el cajón.

Te seduce el alboroto de papeles sobre la mesa; ordenar el caos, vencerlo parcialmente y estar listo para la aparición del nuevo desorden es un juego que dura días y meses y años. Las mesas de los criptoanalistas suelen ser impecables, los papeles apilados en torres a los costados, los lapiceros y los libros de referencia codeándose uno al lado de otro, el monitor de la computadora montando guardia y el teclado escondido en la tabla móvil bajo la mesa: reflejos de mentes prístinas que hacen su trabajo con gran dedicación lógica pero no están preparadas para las confusas brumas con que a veces habla la realidad (mejor, quienes hablan a nombre de la realidad: descortesos individuos que hacen circular peligrosa información a espaldas del Gobierno).

Enciendes la computadora, revisas el correo electrónico en la dirección normal y en la reservada. Escupes el chicle, te metes otro en la boca, y de pronto encuentras en la dirección reservada un correo de una sola frase:

FXJXNRTYNJRJXPFXQFRTXQFRHMFIFXI-
JXFRLWJ

Te fijas en la secuencia XQFRT XQFRH. Un análisis de frecuencias no te llevaría más de un par de minu-

tos. Cada letra tiene su propia personalidad, y por más que aparezca desplazada del lugar que le corresponde en la frase, se traiciona, susurra, habla, grita, dice de su historia, extraña su puesto en la tierra —en el papel—. ¿Quién te habría enviado ese mensaje? ¿Desde dónde? La dirección es desconocida, y eso es raro: no más de diez personas conocen tu correo electrónico. Alguien ha logrado burlar las murallas de la Cámara Negra, y acaricia tu corazón con un burdo mensaje.

Todos los mensajes de la Cámara Negra llegan encriptados a tu correo secreto, y tu computadora desencripta los mensajes de forma automática. Quizás algo falló en el programa. Aprietas un par de teclas, pruebas a desencriptar el mensaje. Nada. No está encriptado con el programa que se usa en la Cámara Negra, lo cual confirma tus sospechas: el mensaje ha sido enviado por un extraño.

Era una provocación. Por lo pronto, debes hacer lo que mejor sabes: análisis de frecuencias. La F tiene que ser una vocal: ¿a? ¿e? ¿o? El sentido común te indica la a.

Al rato, lo sabes: se trata de un simple código cifrado por sustitución, una variante del que, según Suetonio, usaba el emperador Julio César. Cada letra había sido movida cinco espacios a la derecha, de modo que a la F le correspondía la a, a la G le correspondía la b, y así sucesivamente. QFRHMFIFX era *manchadas*.

ASESINOTIENESLASMANOSMANCHADAS-
DESANGRE

¿Quién era el asesino? ¿Tú? ¿Por qué las manos manchadas?